Hay una pregunta que encierra una de las verdades más profundas de toda la fe cristiana: ¿por qué la Iglesia llama a Jesucristo el Verbo? ¿Por qué el Evangelio de san Juan no comienza presentándolo simplemente como Jesús de Nazaret, el Mesías o el Hijo de Dios, sino con una afirmación solemne que parece transportarnos hasta antes del comienzo de los tiempos: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1,1)?

No se trata de un título poético, de una metáfora religiosa ni de una manera especialmente solemne de referirse a Cristo. La palabra Verbo contiene una de las afirmaciones más importantes de la doctrina católica: Jesucristo es la Palabra eterna de Dios, el Hijo unigénito del Padre, engendrado desde toda la eternidad, consustancial con Él y verdadero Dios.

Cuando san Juan utiliza esta expresión, nos está revelando algo extraordinario: aquel que nació en Belén, que caminó por Galilea, que predicó a las multitudes, que padeció bajo Poncio Pilato y que murió en la cruz no comenzó a existir en el momento de su nacimiento humano. Existía desde siempre. Antes de que existiera el universo, antes de que hubiera tiempo, antes de que fueran creadas las estrellas, el Verbo ya existía eternamente junto al Padre.

Y, sin embargo, ese Verbo eterno se hizo hombre.

Esta verdad constituye el corazón del cristianismo. Dios no se limitó a enviar un mensaje desde el cielo, ni se conformó con inspirar a un profeta para que hablara en su nombre. En Jesucristo, Dios mismo vino a nuestro encuentro. La Palabra eterna entró en nuestra historia, asumió nuestra naturaleza humana y habitó entre nosotros.

Comprender por qué Jesucristo es el Verbo significa adentrarse en el misterio de la Santísima Trinidad, comprender la Encarnación y descubrir que toda la creación, toda la historia de la salvación y toda nuestra vida cristiana encuentran su sentido último en Él.

1. ¿Qué significa que Jesucristo sea el Verbo?

La palabra Verbo procede del latín Verbum, que significa «palabra». En el contexto teológico, traduce el término griego Logos, utilizado por san Juan en el prólogo de su Evangelio.

Pero debemos comprender que, cuando la Iglesia llama a Jesucristo el Verbo, no está diciendo simplemente que Cristo es alguien que habla bien, que transmite enseñanzas divinas o que comunica un mensaje religioso.

Jesucristo no es solamente alguien que trae la Palabra de Dios: Él mismo es la Palabra eterna

de Dios.

Esta distinción es fundamental.

Los profetas del Antiguo Testamento recibían la palabra del Señor y la transmitían al pueblo. Moisés hablaba en nombre de Dios. Isaías anunciaba sus designios. Jeremías comunicaba sus advertencias y promesas. Todos ellos eran servidores de una palabra que no les pertenecía.

Cristo, en cambio, posee una identidad radicalmente diferente. No recibe una palabra exterior que deba transmitir como un mensajero. Él es el Hijo eterno del Padre, su Verbo personal.

Por eso, cuando Jesús habla, no estamos ante un profeta más dentro de una larga sucesión de enviados. Estamos ante el propio Hijo de Dios que se ha hecho hombre.

El prólogo del Evangelio de san Juan lo expresa con una profundidad extraordinaria:

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1,1).

En esta breve afirmación encontramos tres verdades fundamentales:

- El Verbo existe desde el principio: no es una criatura ni un ser que haya comenzado a existir en algún momento.
- El Verbo estaba junto a Dios: es distinto del Padre como Persona divina.
- El Verbo era Dios: posee plenamente la misma naturaleza divina que el Padre.

San Juan no deja espacio para considerar a Cristo un simple hombre excepcional, un ángel superior o una criatura especialmente favorecida por Dios.

El Verbo es eterno, personal y divino.

Y unos versículos después, el evangelista introduce una de las afirmaciones más impresionantes de toda la Escritura:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

Aquí se encuentra el centro del misterio cristiano: el Dios eterno se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser Dios.

2. ¿Por qué san Juan utiliza la palabra Logos?

Para comprender la profundidad de esta expresión debemos situarnos en el contexto cultural y religioso en el que fue escrito el cuarto Evangelio.

El término griego Logos tenía una larga historia antes de que san Juan lo empleara. En el pensamiento filosófico griego podía designar la razón, el discurso, la palabra o un principio inteligible que permitía comprender el orden del universo.

Algunos pensadores habían reflexionado sobre la existencia de un principio racional que explicara la estructura y la armonía del mundo.

En la filosofía estoica, por ejemplo, el logos podía entenderse como un principio racional que impregna y ordena el cosmos. En otros autores griegos adquirió diferentes significados relacionados con la razón y la inteligibilidad de la realidad.

También existían reflexiones sobre el Logos en el pensamiento judío helenístico. Filón de Alejandría, por ejemplo, utilizó ampliamente este concepto para hablar de la relación entre Dios y el mundo creado.

Sin embargo, sería un error pensar que san Juan simplemente tomó una idea filosófica griega y la aplicó a Jesús.

El Logos del Evangelio no es una fuerza impersonal, una energía cósmica ni un principio abstracto que organiza el universo. Es una Persona divina: el Hijo eterno de Dios.

La originalidad del prólogo de san Juan consiste precisamente en identificar ese Logos con Jesucristo y proclamar que se hizo carne.

La filosofía podía reflexionar sobre la razón que gobierna el universo. La revelación cristiana anuncia algo infinitamente más profundo: esa Palabra eterna tiene un rostro, ha entrado en nuestra historia y se ha hecho hombre.

Además, el comienzo del Evangelio de san Juan está profundamente relacionado con el primer capítulo del Génesis:

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1,1).

San Juan comienza con las mismas palabras: «En el principio».

No parece una coincidencia literaria accidental. El evangelista quiere llevarnos hasta el origen de todo para mostrarnos que Cristo no pertenece simplemente a la historia de la humanidad: es anterior a la creación y participa eternamente de la vida divina.

El Génesis nos presenta a Dios creando mediante su palabra: «Y dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz» (Gn 1,3).

San Juan nos revela quién es, en último término, esa Palabra divina: el Verbo eterno, por quien todas las cosas fueron hechas.

3. El Verbo estaba con Dios: Jesucristo no es el Padre

Una de las cuestiones teológicas más importantes que debemos comprender es la relación entre el Verbo y el Padre.

El cristianismo proclama que existe un solo Dios en tres Personas verdaderamente distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No son tres dioses, ni tres manifestaciones temporales de una misma Persona. Son tres Personas distintas que poseen una única e indivisible naturaleza divina.

Cuando san Juan afirma que «el Verbo estaba junto a Dios», está revelando la distinción personal entre el Padre y el Hijo.

El Padre no es el Hijo. El Hijo no es el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo no es el Padre.

Sin embargo, los tres son verdaderamente Dios.

Esta verdad constituye el misterio de la Santísima Trinidad, fundamento de toda la fe cristiana.

El Verbo es el Hijo eterno, engendrado por el Padre, pero no creado por Él.

Aquí es necesario detenerse en una distinción esencial: engendrado no significa creado.

Las criaturas comienzan a existir porque Dios las llama a la existencia. Los ángeles, los seres humanos, los animales, los astros y todo cuanto existe fuera de Dios son criaturas.

El Hijo, en cambio, no pertenece al conjunto de las criaturas. No fue creado en un momento determinado, no apareció después del Padre y no es inferior a Él en divinidad.

Es eternamente engendrado por el Padre.

El Credo de Nicea-Constantinopla expresa esta verdad con palabras que la Iglesia sigue proclamando en la liturgia:

«Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

Esta formulación no es una construcción filosófica ajena a la Escritura. Es una expresión doctrinal que protege la verdad revelada en el Evangelio.

El Hijo es verdaderamente Dios, igual al Padre en divinidad, aunque distinto de Él como Persona.

4. El Verbo y la creación: todo fue hecho por medio de Él

San Juan continúa su prólogo con una afirmación decisiva:

«Todo se hizo por él, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho» (Jn 1,3).

Estas palabras nos permiten comprender otra dimensión extraordinaria de la identidad de Cristo: el Verbo no solamente es anterior a la creación, sino que todas las cosas han sido creadas por medio de Él.

El universo no existe independientemente de Cristo. La materia, la vida, el tiempo, los astros y la humanidad encuentran su origen último en Dios, que crea por medio de su Verbo.

Esta enseñanza aparece también en otros pasajes del Nuevo Testamento.

La carta a los Colosenses afirma acerca del Hijo:

«Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles» (Col 1,16).

Y la carta a los Hebreos enseña que Dios ha hablado definitivamente por medio del Hijo, «por quien también hizo el universo» (Heb 1,2).

Por tanto, Jesucristo no es una pieza más dentro del universo. No es el resultado de la evolución del cosmos ni una criatura que haya alcanzado posteriormente una condición divina.

El universo entero depende del Verbo para existir.

Esta afirmación tiene consecuencias espirituales muy importantes.

En primer lugar, nos enseña que la creación posee un sentido. El mundo no es fruto de un absurdo absoluto ni una realidad abandonada a sí misma. Todo cuanto existe procede de la voluntad creadora de Dios.

En segundo lugar, nos permite comprender la dignidad de las criaturas. Si todo ha sido creado por medio del Verbo, la realidad material no es despreciable ni intrínsecamente mala.

El cristianismo no enseña que el cuerpo sea una prisión de la que el alma deba escapar para alcanzar la salvación. Enseña que Dios ha creado al ser humano como una unidad de cuerpo y alma, y que la materia puede convertirse en instrumento de santificación.

Finalmente, nos muestra que Cristo es el centro de toda la realidad.

San Pablo lo expresa afirmando que todas las cosas han sido creadas por medio de Cristo y para Cristo (Col 1,16).

No solamente procedemos de Él: estamos llamados a vivir en Él y a alcanzar nuestra plenitud en Él.

5. El Verbo se hizo carne: el misterio de la Encarnación

Llegamos ahora a una de las verdades más conmovedoras de la fe católica.

El mismo Verbo que existe desde toda la eternidad, el mismo por quien fueron creadas todas las cosas, se hizo carne.

San Juan no dice que el Verbo aparentó ser hombre, que adoptó una apariencia humana o que se manifestó temporalmente bajo una forma corporal.

Afirma que se hizo carne.

La expresión significa que asumió una naturaleza humana verdadera, con cuerpo y alma racional, sin dejar de poseer su naturaleza divina.

Este es el misterio de la Encarnación.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios (CIC, 464-469).

Es importante comprender lo que esto significa.

Jesucristo no es mitad Dios y mitad hombre. Tampoco es un hombre que recibió una dignidad divina extraordinaria o que fue adoptado por Dios.

Es una sola Persona divina, la Persona del Hijo, que posee dos naturalezas: divina y humana.

Esta verdad fue definida solemnemente por el Concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451.

El concilio confesó a Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre, reconocido en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación.

Estas expresiones protegen el misterio frente a dos errores opuestos.

Por una parte, no podemos confundir la naturaleza divina y la humana como si se mezclaran formando una tercera realidad.

Por otra, tampoco podemos separarlas como si Cristo fuera dos personas diferentes, una divina y otra humana.

El que nace de María es el mismo Hijo eterno de Dios. El que llora en Belén es el mismo que sostiene el universo. El que sufre bajo Poncio Pilato es el mismo Verbo por quien todas las cosas fueron creadas.

Esta es la grandeza de la Encarnación.

Dios no dejó de ser Dios para hacerse hombre. El Hijo asumió nuestra naturaleza humana y la unió personalmente a su Persona divina.

Por eso, la Virgen María es verdaderamente Madre de Dios (Theotokos), no porque sea origen de la divinidad, sino porque el Hijo que nació de ella es una Persona divina.

El Concilio de Éfeso, celebrado en el año 431, defendió esta verdad frente a las controversias cristológicas de su tiempo.

María no dio a luz a una persona humana independiente que posteriormente se uniera al

Verbo. Dio a luz, según la naturaleza humana, al Hijo eterno de Dios hecho hombre.

6. ¿Por qué el Verbo quiso hacerse hombre?

La Encarnación no fue un acontecimiento accidental ni una solución improvisada ante un problema inesperado.

Forma parte del designio eterno de Dios para nuestra salvación.

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, perdió por el pecado la amistad sobrenatural con su Creador. El pecado original introdujo una ruptura en la relación entre Dios y la humanidad, y los pecados personales perpetúan esa separación cuando el hombre se aparta libremente de la voluntad divina.

La humanidad necesitaba ser redimida.

Dios, en su misericordia, quiso salvarnos mediante la Encarnación, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de su Hijo.

El Catecismo explica que el Verbo se hizo carne para salvarnos reconciliándonos con Dios, para que conociéramos el amor divino, para ser nuestro modelo de santidad y para hacernos partícipes de la naturaleza divina (CIC, 457-460).

Esta última expresión es especialmente importante.

Dios no se hizo hombre simplemente para enseñarnos unas normas morales, transmitirnos una filosofía de vida o mostrarnos cómo ser mejores personas.

Todo eso puede formar parte de las consecuencias de su venida, pero el objetivo es mucho más profundo: Cristo vino a rescatarnos del pecado y a devolvernos la vida sobrenatural que habíamos perdido.

El Evangelio de san Juan lo expresa de manera admirable:

«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

La Encarnación es, por tanto, una manifestación suprema del amor de Dios.

El Creador entra en su creación. El Eterno entra en el tiempo. El Omnipotente acepta la

debilidad de la condición humana. El Señor del universo nace en la humildad de un establo.

Y lo hace por amor.

7. El Verbo en el Antiguo Testamento: una revelación que prepara la venida de Cristo

Aunque la expresión «el Verbo se hizo carne» aparece de manera explícita en el Evangelio de san Juan, la realidad que anuncia está preparada a lo largo de toda la historia de la salvación.

El Antiguo Testamento presenta repetidamente la palabra de Dios como instrumento de creación, revelación, juicio y salvación.

En el Génesis, Dios crea mediante su palabra.

En los Salmos encontramos una afirmación especialmente significativa:

«Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos» (Sal 33,6).

Los profetas, por su parte, reciben la palabra divina y la transmiten al pueblo.

La palabra de Dios no es un simple sonido. Es eficaz, cumple aquello para lo que es enviada y manifiesta la voluntad del Señor.

El profeta Isaías recoge esta enseñanza mediante una comparación extraordinaria:

«Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar […], así será mi palabra, la que salga de mi boca: no tornará a mí de vacío» (Is 55,10-11).

La palabra divina realiza aquello que Dios quiere.

También encontramos en el Antiguo Testamento referencias a la Sabiduría divina, especialmente en los libros sapienciales.

El libro de los Proverbios presenta la Sabiduría en un lenguaje personificado, y el libro de la Sabiduría describe su relación con la acción creadora de Dios.

La tradición cristiana ha leído estos textos a la luz de la revelación plena de Cristo,

reconociendo en ellos una preparación y una iluminación del misterio del Hijo eterno.

Sin embargo, es importante evitar una confusión: estos pasajes no deben interpretarse como si todos ofrecieran, de manera explícita y directa, una formulación completa del dogma trinitario.

La revelación cristiana alcanza su plenitud en Jesucristo.

Él es quien nos permite comprender definitivamente quién es Dios y cuál es su designio de salvación.

8. Los Padres de la Iglesia defendieron la divinidad del Verbo

Durante los primeros siglos del cristianismo, la identidad del Verbo fue objeto de importantes controversias.

Los cristianos debían responder a una cuestión fundamental: ¿es Jesucristo verdaderamente Dios o es una criatura extraordinaria situada por encima de todas las demás?

La respuesta de la Iglesia fue inequívoca: el Hijo es Dios verdadero, no una criatura.

Uno de los episodios más importantes de esta historia fue la controversia arriana.

Arrio, presbítero de Alejandría, defendía una concepción según la cual el Hijo no era eterno en el mismo sentido que el Padre y había sido producido por Él antes de los demás seres creados.

Esta enseñanza comprometía directamente la divinidad plena de Jesucristo.

Si el Hijo fuera una criatura, aunque fuese la más excelsa de todas, no podría ser Dios verdadero ni podría comunicarnos la vida divina en el sentido pleno que proclama el cristianismo.

Frente a esta controversia, la Iglesia celebró el Concilio de Nicea en el año 325.

El concilio confesó que el Hijo es «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

La palabra griega utilizada para expresar esta igualdad de naturaleza fue homoousios, que significa «de la misma sustancia» o «consustancial».

No se trataba de una discusión meramente terminológica. Estaba en juego la identidad de Jesucristo y, con ella, la realidad de nuestra salvación.

Entre los grandes defensores de la divinidad del Verbo destacó san Atanasio de Alejandría.

En sus escritos contra los arrianos defendió que el Hijo no podía ser una criatura, porque solamente Dios puede salvar verdaderamente al hombre y comunicarle la vida divina.

También san Ireneo de Lyon, en el siglo II, había defendido la identidad del Verbo eterno y su papel en la creación y la redención. Su teología de la recapitulación presenta a Cristo como aquel que reúne y restaura en sí mismo la historia de la humanidad.

Por su parte, san Agustín dedicó una profunda reflexión al prólogo de san Juan en sus Tratados sobre el Evangelio de san Juan.

En su pensamiento, el Verbo eterno es la Palabra subsistente de Dios, no un sonido pasajero ni una expresión creada.

La Palabra humana desaparece después de ser pronunciada. El Verbo divino, en cambio, permanece eternamente.

Todos estos testimonios muestran que la doctrina del Verbo no es una interpretación tardía o una invención filosófica de la Iglesia medieval.

La Iglesia ha confesado desde sus primeros siglos que Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre.

9. El Verbo es la revelación perfecta del Padre

Otra dimensión esencial de este misterio es que Jesucristo no solamente es el Verbo por quien Dios crea y salva: también es la revelación definitiva del Padre.

El prólogo de san Juan concluye con una afirmación extraordinaria:

«A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Jn 1,18).

El sentido de estas palabras es profundo.

Dios, en su esencia, supera toda capacidad de comprensión humana. Ninguna criatura puede

abarcarlo plenamente mediante sus propias fuerzas.

Sin embargo, el Padre ha querido darse a conocer por medio de su Hijo.

Jesucristo es la revelación perfecta de Dios porque es Dios mismo hecho hombre.

Por eso, cuando Felipe pide a Jesús que les muestre al Padre, el Señor responde:

«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9).

Esta afirmación no significa que el Padre y el Hijo sean la misma Persona, sino que el Hijo revela perfectamente al Padre porque comparte con Él la misma naturaleza divina.

En Jesucristo contemplamos el amor, la misericordia, la santidad, la justicia y la verdad de Dios.

Contemplamos a un Dios que perdona a los pecadores arrepentidos, que se compadece de los enfermos, que llama a la conversión, que denuncia la hipocresía y que exige una santidad auténtica.

Pero también contemplamos a un Dios que no trivializa el pecado ni reduce la salvación a un sentimiento de bienestar.

Cristo revela la misericordia divina sin separar nunca esa misericordia de la verdad.

Por eso, conocer a Jesucristo es conocer al Padre.

Y conocer verdaderamente a Cristo implica aceptar la totalidad de su enseñanza, no seleccionar únicamente aquellas palabras que coinciden con nuestros gustos personales.

10. El Verbo y la cruz: la Palabra eterna que se entrega por nosotros

Existe una paradoja que debería conmover profundamente a cualquier cristiano.

El Verbo por quien fueron creadas todas las cosas se dejó clavar en una cruz por los hombres.

Aquel que sostiene el universo permitió que su cuerpo fuera maltratado, que su rostro fuera

escupido y que su sangre fuera derramada.

El Hijo eterno de Dios, sin dejar de ser Dios, experimentó verdaderamente el sufrimiento humano.

La Pasión no fue una representación teatral ni un sufrimiento aparente.

Jesucristo padeció realmente según su naturaleza humana.

Tuvo hambre, sed, cansancio, angustia y dolor. Su naturaleza humana era verdadera y completa.

En Getsemaní, antes de su arresto, manifestó la angustia de su alma humana:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26,39).

Estas palabras revelan la realidad de su humanidad y su perfecta obediencia al Padre.

El Verbo no vino solamente a pronunciar palabras de amor. Vino a entregarse por nosotros.

San Pablo lo expresa con una frase de enorme profundidad:

«Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20).

La cruz es la manifestación suprema de ese amor.

Pero debemos comprender que quien muere en la cruz no es una persona humana separada del Hijo de Dios.

Es el propio Hijo eterno quien, habiendo asumido una naturaleza humana, experimenta la muerte según esa naturaleza.

Por eso podemos afirmar que Dios Hijo murió por nosotros, sin que esto signifique que la naturaleza divina dejó de existir o que la divinidad quedó sometida a la muerte.

La Persona es una; las naturalezas son dos.

Esta precisión cristológica no disminuye el misterio de la cruz. Al contrario, nos permite comprender su verdadera grandeza.

El que se entrega por nuestra salvación es el mismo Verbo eterno que existe desde antes de todos los siglos.

11. El Verbo sigue hablándonos: la relación entre Cristo y la Palabra de Dios

Si Jesucristo es el Verbo eterno, ¿qué relación tiene esta verdad con la Sagrada Escritura?

La respuesta exige distinguir entre Cristo, que es la Palabra personal de Dios, y las palabras inspiradas de la Biblia, que transmiten la revelación divina.

La Escritura no es una persona divina ni debe confundirse con el Verbo encarnado.

Sin embargo, toda ella está orientada a Cristo y encuentra en Él su centro.

El propio Jesús explicó a los discípulos de Emaús cómo las Escrituras anunciaban su misterio:

«Y, comenzando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras» (Lc 24,27).

El Antiguo Testamento prepara su venida. El Nuevo Testamento proclama su cumplimiento.

Por eso, el cristiano no debe leer la Biblia como una simple recopilación de relatos antiguos, normas morales o reflexiones religiosas.

Debe acercarse a ella buscando conocer al Dios que se revela y, especialmente, al Hijo en quien esa revelación alcanza su plenitud.

La constitución dogmática Dei Verbum, del Concilio Vaticano II, enseña que Jesucristo lleva a plenitud la revelación divina y que en Él Dios se manifiesta de manera definitiva (DV, 2 y 4).

Esto tiene una consecuencia importante para nuestra vida espiritual: no podemos separar a Cristo de la verdad que Él ha revelado.

En ocasiones, la cultura contemporánea presenta una imagen de Jesús reducida a un maestro de tolerancia, un defensor de determinados valores o un personaje histórico admirable.

Pero esa imagen, aunque pueda recoger algunos aspectos de su actividad, resulta

profundamente incompleta.

Cristo no es solamente un ejemplo moral.

Es el Hijo de Dios, el Verbo eterno, el Salvador del mundo y el Señor de la historia.

Si eliminamos su divinidad, desfiguramos su identidad. Si olvidamos su humanidad, vaciamos la Encarnación de su significado. Y si separamos su mensaje de su Persona, terminamos convirtiendo el cristianismo en una filosofía humana más.

12. ¿Qué significa que Jesucristo sea el Verbo para un católico de hoy?

Podríamos pensar que estas cuestiones pertenecen exclusivamente a los grandes tratados de teología o a las controversias de los primeros concilios.

Sin embargo, comprender que Jesucristo es el Verbo tiene consecuencias muy concretas para nuestra vida cotidiana.

12.1. Nos recuerda que Dios no es una idea, sino una Persona divina que se ha acercado a nosotros

Vivimos en una sociedad que tiende a reducir la religión a sentimientos, experiencias personales o valores subjetivos.

Para algunos, Dios es una energía. Para otros, una fuerza impersonal que cada persona interpreta según sus necesidades. Para otros, una idea útil para encontrar consuelo.

El cristianismo proclama algo radicalmente distinto.

Dios se ha revelado. Ha hablado. Y su Palabra eterna se ha hecho hombre.

No necesitamos inventarnos un Dios a nuestra medida, porque Dios mismo ha venido a nuestro encuentro en Jesucristo.

Esto nos invita a abandonar las imágenes falsas de Dios que construimos según nuestros deseos y a conocerlo tal como Él se ha revelado.

12.2. Nos enseña a escuchar antes de hablar

Si Cristo es el Verbo, nuestra vida cristiana debe comenzar por aprender a escuchar su Palabra.

Con frecuencia, rezamos para pedir cosas, expresar preocupaciones o presentar nuestras necesidades. Todo ello es legítimo y forma parte de la oración cristiana.

Pero también necesitamos silencio.

Necesitamos abrir el Evangelio, meditar sus enseñanzas y permitir que Cristo ilumine nuestra conciencia.

No se trata de buscar únicamente frases que nos consuelen, sino también de aceptar aquellas que nos corrigen, nos interpelan y nos llaman a cambiar.

El verdadero discípulo no intenta adaptar el Evangelio a sus preferencias. Procura adaptar su vida al Evangelio.

12.3. Nos ayuda a comprender la importancia de la verdad

Si el Verbo es la Palabra eterna de Dios, la verdad no puede reducirse a una opinión individual o a una construcción cultural sometida a los cambios de cada época.

Jesucristo afirmó:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

La verdad cristiana no es una simple teoría. Está inseparablemente unida a la Persona de Cristo.

Esto resulta especialmente importante en una época marcada por la desinformación, la manipulación de las palabras, la propaganda y la relativización de los principios morales.

El cristiano está llamado a buscar la verdad, defenderla con caridad y rechazar la mentira.

No debe utilizar la religión para justificar sus prejuicios ni convertir sus preferencias personales en supuestas enseñanzas divinas.

La fidelidad al Verbo exige humildad intelectual, formación doctrinal y coherencia moral.

12.4. Nos recuerda que la dignidad humana tiene un fundamento sobrenatural

Si el Verbo asumió nuestra naturaleza humana, el cuerpo humano posee una dignidad que no depende de su utilidad, belleza, salud o productividad.

Cristo no asumió una humanidad idealizada, sino nuestra verdadera naturaleza humana.

Esto ilumina nuestra manera de tratar a los niños, a los ancianos, a los enfermos, a las personas vulnerables y a quienes la sociedad considera insignificantes.

Cada ser humano merece respeto porque ha sido creado por Dios y está llamado a la comunión con Él.

La Encarnación nos impide despreciar la condición humana.

12.5. Nos invita a recuperar el asombro ante la Eucaristía

Existe una relación íntima entre la Encarnación y la Eucaristía.

El mismo Jesucristo que asumió nuestra naturaleza humana en el seno de María continúa entregándose sacramentalmente a su Iglesia bajo las especies de pan y vino.

En la Eucaristía está presente verdadera, real y sustancialmente Cristo entero: su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad.

Así lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en los números 1373-1377.

No debemos confundir la Encarnación con la presencia eucarística, pues son misterios distintos, aunque profundamente relacionados.

En la Encarnación, el Verbo asumió una naturaleza humana. En la Eucaristía, Cristo se hace presente sacramentalmente bajo las especies consagradas.

Ambos misterios nos muestran la humildad extraordinaria del Hijo de Dios.

El Verbo eterno quiso acercarse a nosotros de una manera que supera nuestra imaginación.

Por eso, cada Misa debería ser para nosotros una ocasión de renovar la admiración, el respeto y la adoración ante Jesucristo.

13. El Verbo y el silencio: una lección espiritual para nuestro tiempo

Hay una paradoja especialmente hermosa en el misterio del Verbo.

Aquel que es la Palabra eterna de Dios pasó gran parte de su vida terrena en el silencio de Nazaret.

Los Evangelios no ofrecen una descripción detallada de todos los años de su infancia y juventud. Sabemos que vivió bajo la autoridad de María y José y que crecía en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y los hombres (Lc 2,51-52).

El Hijo eterno, por quien fue creado el universo, quiso vivir una existencia humana ordinaria, marcada por el trabajo, la obediencia familiar y la vida escondida.

Esta realidad contiene una enseñanza espiritual de enorme profundidad.

En nuestro tiempo parece que todo debe ser expresado, publicado, comentado y compartido. Las redes sociales han multiplicado las palabras, pero no necesariamente han aumentado nuestra capacidad de escuchar o comprender.

Vivimos rodeados de discursos, opiniones y mensajes que compiten constantemente por nuestra atención.

En medio de este ruido, el misterio del Verbo nos recuerda que no todas las palabras tienen el mismo valor y que la verdadera sabiduría necesita silencio.

El cristiano necesita momentos de recogimiento para escuchar a Dios.

No basta con consumir contenido religioso, escuchar conferencias o leer reflexiones espirituales. Todo ello puede ser útil, pero no sustituye el encuentro personal con Cristo en la oración.

El silencio permite que la Palabra penetre en el corazón.

Y quizá una de las formas más necesarias de recuperar nuestra vida espiritual sea precisamente volver a dedicar tiempo a escuchar al Verbo.

14. María, la Madre del Verbo encarnado

No podemos profundizar en el misterio del Verbo hecho carne sin contemplar a la Virgen María.

Dios quiso que la Encarnación tuviera lugar mediante el consentimiento libre de una mujer.

El Evangelio de san Lucas relata cómo el ángel Gabriel anunció a María que concebiría y daría a luz al Hijo del Altísimo (Lc 1,26-38).

María respondió:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Su respuesta constituye uno de los momentos más importantes de la historia de la salvación.

El Verbo eterno, que no necesitaba de ninguna criatura para existir, quiso asumir nuestra humanidad mediante el seno virginal de María.

La Virgen no es una figura secundaria dentro del misterio de la Encarnación. Su maternidad pertenece realmente a la historia de nuestra salvación.

El Hijo que recibe de ella su humanidad es el mismo Hijo eterno del Padre.

Por eso, la Iglesia la proclama Madre de Dios.

El título de Theotokos protege precisamente esta verdad cristológica: Jesucristo no está dividido en dos personas, una divina y otra humana.

El que nació de María es verdaderamente Dios hecho hombre.

La devoción mariana auténtica debe conducirnos siempre a Cristo.

María no ocupa el lugar del Verbo, sino que nos enseña a recibirlo, escucharlo y obedecerlo.

En Caná, sus palabras conservan una fuerza espiritual permanente:

«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5).

Esta es también la esencia de toda auténtica devoción mariana: conducir al cristiano hacia la

obediencia a Jesucristo.

15. El Verbo, centro de la vida de la Iglesia

La Iglesia no existe para anunciar una filosofía propia, defender una simple tradición cultural o transmitir un conjunto de valores humanos.

Existe para anunciar a Jesucristo, el Hijo eterno de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para nuestra salvación.

Toda su vida sacramental, litúrgica, doctrinal y pastoral encuentra en Él su fundamento.

La predicación debe conducir a Cristo. La catequesis debe enseñar su doctrina. La liturgia debe dar gloria a Dios por medio de Él. La vida moral debe configurarse con su ejemplo y sus mandamientos.

La Iglesia no puede sustituir el Evangelio por las modas intelectuales de cada generación.

Tampoco puede presentar a Cristo como si fuera un personaje cuya identidad pudiera modificarse según las preferencias culturales del momento.

El Verbo es eterno. Su verdad no depende de las tendencias sociales.

La carta a los Hebreos proclama:

«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8).

Esta afirmación no significa que la Iglesia deba ignorar los cambios históricos o permanecer indiferente ante los problemas de cada época.

Significa que su misión consiste en anunciar fielmente a Cristo en todas las épocas, sin alterar su identidad ni deformar su enseñanza.

La Iglesia puede utilizar nuevos medios de comunicación, desarrollar métodos pedagógicos y encontrar formas adecuadas de evangelización.

Pero nunca puede sustituir al Verbo por un mensaje diferente.

Porque el cristianismo no se fundamenta en una idea que nosotros hemos construido.

Se fundamenta en una Persona que nos ha sido revelada.

16. Cómo profundizar personalmente en el misterio del Verbo

Comprender intelectualmente que Jesucristo es el Verbo constituye un paso importante, pero la fe cristiana no se agota en el conocimiento teórico.

Estamos llamados a entrar en una relación viva con Él.

Para ello, podemos adoptar algunas prácticas espirituales concretas.

Leer y meditar el prólogo de san Juan.

Los dieciocho primeros versículos del cuarto Evangelio constituyen una de las exposiciones más profundas del misterio de Cristo. Conviene leerlos lentamente, sin prisa, deteniéndose en cada afirmación.

Estudiar los Evangelios.

Debemos conocer las palabras, los gestos, las enseñanzas y las obras de Jesucristo. No podemos amar profundamente a alguien cuya identidad apenas conocemos.

Recuperar el silencio en la oración.

Dedicar unos minutos diarios a permanecer en presencia de Dios, sin necesidad de llenar constantemente ese tiempo con palabras, puede ayudarnos a profundizar en nuestra relación con Él.

Formarnos doctrinalmente.

El Catecismo de la Iglesia Católica, especialmente los números 422-483, ofrece una exposición fundamental sobre Jesucristo, el Hijo de Dios y el misterio de la Encarnación.

Acercarnos a la Eucaristía con fe y reverencia.

La adoración eucarística nos permite permanecer ante el mismo Cristo que se hizo hombre para nuestra salvación.

Vivir según la verdad de Cristo.

La fe en el Verbo debe transformar nuestra conducta. No podemos confesar que Jesucristo es la Verdad y vivir voluntariamente en la mentira, la injusticia o la indiferencia hacia el prójimo.

La verdadera contemplación de Cristo siempre debe producir frutos de conversión.

Conclusión: el Verbo eterno tiene un rostro, un nombre y una cruz

¿Por qué Jesucristo es el Verbo?

Porque es la Palabra eterna de Dios, el Hijo unigénito del Padre, engendrado desde toda la eternidad, verdadero Dios y consustancial con Él.

Porque todas las cosas fueron creadas por medio de Él.

Porque es quien revela perfectamente al Padre.

Porque, llegada la plenitud de los tiempos, asumió nuestra naturaleza humana sin dejar de ser Dios.

Y porque quiso entregar su vida en la cruz para rescatarnos del pecado y abrirnos las puertas de la vida eterna.

El prólogo de san Juan no es simplemente una introducción solemne a un Evangelio. Es una ventana abierta al misterio más profundo de nuestra fe.

Nos permite contemplar al Hijo eterno antes de la creación, reconocerlo como Señor del universo, adorarlo en su humanidad y descubrir en su entrega el amor infinito de Dios.

Hay algo extraordinario en esta verdad: el Dios que creó el universo con su Palabra quiso hacerse una Palabra cercana, visible y humana para que nosotros pudiéramos conocerlo.

El Verbo eterno aceptó tener un cuerpo. El Creador aceptó nacer de una criatura. El Señor del cielo y de la tierra aceptó vivir en la humildad de Nazaret. Y aquel por quien fueron hechas todas las cosas permitió que sus propias criaturas lo clavaran en una cruz.

Todo por amor.

Por eso, ser cristiano no consiste simplemente en admirar las enseñanzas de Jesús, adoptar

algunos de sus valores o encontrar inspiración en sus palabras.

Ser cristiano significa reconocer quién es verdaderamente Jesucristo, creer en Él, adorarlo como Dios, seguirlo como Maestro y permanecer unido a Él como Salvador.

En un mundo que multiplica las palabras, pero que con frecuencia olvida la verdad, el cristiano está llamado a volver al principio de todo: al Verbo eterno.

A aquel que no fue creado, porque existe desde siempre.

A aquel que no es una idea, porque es una Persona divina.

A aquel que no es simplemente un mensajero, porque es el propio Hijo de Dios.

A aquel que no se limitó a hablarnos desde el cielo, porque descendió hasta nosotros y habitó entre los hombres.

El Verbo se hizo carne. Y su nombre es Jesucristo.

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios».

(Juan 1,1)